

recibieron á un mismo tiempo premios suyos, admirados de que se los concediese.

"*Aunque el rey no es vuestro soberano, los escribía Mr. de Corbet, que vuestro bienhechor, me ha mandado se remita la siguiente letra de remisión, como un testimonio de su aprecio.* Un bohemio, un diáconarés recibían esta carta con la fecha de Veralles. *Guillemine edificó una casa en Florencia con los beneficios de Luis XIV; colocó el nombre de este rey en el frontispicio, y tú queréis que esté á frente del siglo de que hablamos.*"

"Para siempre debe servir de ejemplo lo que he visto en sus dominios. Contó la educación de su hijo y de su nieto á los hombres mas sabios y cloquentes de la Europa; tuvo el cuidado de acomodar á tres hijos de Pedro Corneille: dos en el ejército y uno en la Iglesia. Alentó el nacimiento de Racine con un regalo considerable para un jóven desconocido y sin bienes; y cuando este llegó á perfeccionarse, el ingenio que las mas veces excluye de la riqueza, es el que causó la suya; y tuvo mas que riqueza, porque consiguió el favor y algunas veces la familiaridad del rey de quien cada mirada era un beneficio. Era uno de los que concurrían, en 1688 y 1689, á aquellos viajes de Marly, tan solicitados por los cortesanos; dormía en la cámara del rey cuando estaba enfermo, y le leía sus mejores obras de poesía y eloquencia que distinguieron este bello reinado.

Este favor se otorgó con discriminación, que es lo que produce la emulación y acelera los grandes ingenios: mucho es hacer fundaciones, algo es sostenerlas; pero ocuparse en mantener con esmero estos establecimientos, es muchas veces preparar el mismo asilo para el hombre inútil que para el sabio, es poner en la misma columna la abeja y el zángano.

"Luis XIV pensaba en todo: protegía las academias, distinguía á los que se singularizaban; no predigaba su favor á una especie de mérito, excluyendo á otro, como otros príncipes que favorecen no lo que es perfecto, sino lo que les agrada; la ficción y el estudio de la antigüedad llamaron su atención. Esta no se entibió ni aun con motivo de las guerras que sostenía contra la Europa; porque al mismo tiempo que levantaba trescientas ciudades y mandaba marchar cuatrocientos mil soldados, hacia levantar el observatorio, y trazar un meridiano desde un extremo al otro del reino, otra fábrica en el mundo. Hacía imprimir en su palacio las traducciones de los buenos autores griegos y latinos; enviaba geometras y físicos á lo mas retirado del Africa y del América, en busca de nuevos descubrimientos. Juzgá, milord, que jamás Newton hubiera hecho sus descubrimientos sobre la atracción si no se hubiera verificado el viaje de los que Luis XIV envió á Cayena en 1672, y sin las medidas tomadas por Mr. Picard. Os ruego que consideréis á un Cassini y á un Huygens, renunciando á Francia á la patria de que son ornamento, para venir á Anobis á disfrutar la estimación y beneficios de esta monarca. ¡Imaginad que los mismos ingleses no le deben obligaciones! Decidme, pues, ¿de qué corte tomó Carlos II tanta urbanidad y tanto gusto? ¡No han sido vuestros modelos los buenos autores de Luis XIV? ¡No ha sacado de ellos muchas veces sus excelentes críticas el sabio Addison, que es el que ha tenido el gusto mas puro en vuestra nación? El obispo Burnet confiesa que á

este gusto, adquirido en Francia por los cortesanos de Carlos II, se debe hasta la reforma del pólpico entre vosotros, á pesar de la diferencia de nuestros cultos; tal es toda parte el imperio de la sana razón. ¡Decidme si no han servido los buenos libros de aquellos tiempos para la educación de todos los príncipes del imperio? ¡En qué corte de Alemania han dejado de verse teatros franceses? ¡Qué principio no hacia estudio de imitar al nuestro? ¡Qué nación dejaba entonces de adoptar las modas de Francia? "Me presentáis el ejemplo de Pedro el Grande, que llevó las artes á su país y fué el creador de una nueva nación; me decís no obstante que á su siglo no se la llamará en Europa el del *car Pedro*, y decísme que yo no debo llamar al siglo pasado el de Luis XIV: parece que se palpable la diferencia. El *car Pedro* fué á instruir á otros países, y llevó las artes al suyo; pero Luis XIV ha instruido á las naciones: todo las ha sido útil, hasta sus errores mismos. Los protestantes, que no son nada de la riqueza de la Francia. ¡Os parece que no son nada tantas fábricas de seda y de cristales? Estas últimas adquirieron su perfeccion en vuestro país de la mano de nuestros refugiados, perdiendo nosotros lo que vosotros adquiristeis.

"Por último, milord, la lengua francesa se ha hecho casi la lengua universal. ¿A quién se le debe? ¡Lo era tanto en tiempo de Enrique IV! Sin duda que nosotros solo eramos conocidos la italiana y la española. No tardaron la hicieron nuestros excelentes escritores; pero quién ha protegido, ocupado, fomentado á estos excelentes escritores? Fué Mr. Corbet, me decís; no lo dudé, y entiendo que un ministro debe tener parte en la gloria de su soberano. ¡Pero qué hubiera hecho un Corbet con otro príncipe, en el reinado de vuestro Guillermo, que de nada gustaba, ó del rey de España Carlos II, y de tantos varios monarcas?

"¡Creeréis, milord, que Luis XIV ha reformado el gusto de la corte por mas de un estudio? Concedió á Lully la plaza de músico suyo, quitándosela á Lambert, porque este era mediocre, y Lully muy superior á él. Sabia distinguir entre el entendimiento y el genio; daba á Quinault los asuntos para sus óperas; dirigía las academias de Le Iran; sostenía contra sus enemigos á Poillon, Racine y Moliere; alentaba las bellas artes y las dadas, siempre con conocimiento de causa; prestaba dinero á Van Robins para sus manufacturas; adelantaba millones á la compañía de Indias, que habia formado; daba pensiones á los sabios y á los oficiales valientes. No solo no habia hecho cosas grandes en su reinado, sino que era el quien las hacia. Señalad, milord, que yo trato de levantar un monumento á su gloria, que mas bien lo consagro para utilidad del género humano.

"No aprecio yo solamente á Luis XIV como bienhechor de los franceses, sino por el bien que ha hecho á todos los hombres: escribo como hombre, y no como súbdito; quiero escribir el último siglo, y no meramente á un príncipe. Estoy cansado de historias en que solo se trata de un rey, como si existiese él solo, ó como si todo existiese con relacion á él; en una palabra, la historia que yo escribo es mas bien la de un siglo grande que la de un gran rey.

"Peisson hubiera escrito con mas eloquencia que yo; pero era cortésano, y pagado; yo no soy ni lo ni el otro, á mí solo me toca decir la verdad." (*Corresp. gen.* tom. 3, pág. 53.)

NOTA 34.

Mr. Fleuri, en sus *Costumbres de los cristianos*, es de opinion que los antiguos monasterios están edificados sobre el plano de las casas romanas, segun las describe Vitruvio y Palladio. "La iglesia, dice que es el primero que se encuentra á fin de que quede libre la entrada á los seglares, parece que equivale á la primera sala que los romanos llamaban *atrium*: desde esta se pasaba á un patio rodeado de galerias cubiertas, á que se daba el nombre de *peristilo*, que es justamente el claustro en que se entra desde la iglesia, y desde donde se va después á las demás partes del capitulo, que es el *exedra* de los antiguos, el refectorio, que es el *triclinium*, y el jardin, que es lo último de todo, como estaba tambien en las casas antiguas."

NOTA 35.

Esta carta, escrita á Mr. de Fontanes, acabará de dar conocimiento al lector de las ruinas de la antigüedad.

A Mr. Fontanes.

Roma, 10 de enero de 1804.

Llego de Nápoles, amigo mio, y os traigo los frutos de mi viaje, á los cuales tenéis derecho, algunas hojas de laurel del sepulcro de Virgilio: *Tenet nunc Parthenope*. Mucho tiempo hace que debia haberos hablado de esta tierra clásica, á propósito para causar interés á un talento como el vuestro; pero no ha podido por varios motivos: sin embargo, no quiero dejar á Roma, sin deciros cuatro palabras de esta famosa ciudad. Habiamos convenido en que os escribiría, á la ventura y sin seguida, todo lo que pensase de la Italia, como en otro tiempo os observaba la impresion que hacian en mí con las soledades del Nuevo Mundo. Voy, sin mas preámbulo, á probar si os puedo dar una idea de los *alrededores* de Roma, es decir, de sus campos y de sus ruinas.

Habéis leído, querido amigo, todo lo que se ha escrito sobre este asunto; pero ignoro si los viajeros os han dado una idea exacta del cuadro que presenta la campiña de Roma.

Figurad algo de la desolación de Tiro y de Babilonia de que habla la Escritura; un silencio y una soledad tan vastos como el Asirio y de los hombres que en otro tiempo se estrechaban sobre este suelo. Parece que se oye resaca esta maldición del profeta: *Veniens tibi dux hinc caute in die una, sterilitas et cecitas*.¹ Venid aquí y allí á algunas puntas de caminos romanos en parajes por donde nadie pasa, algunos raras veces de los torres del hitorio, que mirados de lejos parecen tambien cuninos reales construidos y frecuentados, no siendo mas

¹ Dos cosas se acontecerán de una vez en un mismo día, la esterilidad y la vejez. (Isaías.)

que el locho de unas aguas tempestuosas que han pasado como el pueblo romano. Apenas se describen algunas fábulas; pero por todas partes se ven ruinas de anacoretos y de sepulcros, que parece como que son las selvas y plantas indigenas de una tierra formada del polvo de los muertos y de las ruinas de los imperios. Muchas se me ha figurado que vela en una llaurra riosa miche, me acordaba, y solo eran yerbas marchitas las que habian engañado mi vista; algunas veces se distinguen las huellas del cultivo antiguo bajo estas mieses estériles. No se ven pájaros ni labradores, ni se oye el balido de los robados, ni hay poblaciones. Un corto número de granjas arruinadas se presenta en la desampar de los campos; sus puertas y ventanas están cerradas; no sale de ellas humo, ni ruido, ni habitantes; guarda estas cosas una especie de salvaje casi desamulo, pálido y consumido por la fiebre, semejante á aquellos espectros de nuestras historias góticas que defaman los castillos abandonados. En fin, podría decirse que ninguna otra nación se ha atrevido á suceder á los dueños del mundo en su tierra nativa, y que ves estos campos del mismo modo que los dejó el arado de Cincinato ó el último de los romanos.

En medio de este inerte terreno se levanta la gran sombra de la ciudad eterna: desahida de su poder terrestre, parece que orgullosa ha querido aislarse, separándose de las demás ciudades del mundo; y semejaento á una reina que ha caído de su trono, ha ocultado noblemente sus desgracias en la soledad.

Imposible me sería describirlos la sensación que se experimenta cuando se os presenta Roma á repente en medio de sus *reinas vacias, inanis regni*; parece que se levanta por voz del sepulcro en donde yacía. Procurad firos profetas cuando Dios les enviaba la vision de alguna ciudad á la que habia unido los destinos de su pueblo: *quasi aspectus splendoris*.² Os oprime la multitud de memorias, la abundancia de sensaciones; y vuestra alma se halla desconcertada á la vista de esta Roma que doce veces ha recorrido la succion del mundo, como heredera de Saturno y de Jacob.³

Segun esta descripción, amigo querido, creeréis que no puede haber cosa mas espantosa que las campiñas romanas; pero os enganarías mucho: tienen una majestad incomprendible; cuando se las mira siempre da gana de exclamar con Virgilio:

Salve magna pars frugum, Saturnia tellus.
Magna viritas!

Si las veis como economistas os desagrudará; pero contemplándolas como artista, como poeta y aun como filósofo, no queráis jamás que fuesen de otro modo. El aspecto de un sembrado ó de una ladera plantada de viña no exte-

¹ "Era como una vision de esplendor." (Ezequiel.)

² Así describe Montaigne la campiña de Roma, cual estaba hace cerca de doscientos años: "A lo lejos, sobre nuestra mano izquierda, tenemos el Apennino el aspecto del pais es desagradable, el terreno desigual, lleno de profundas cordaduras por donde no pueden pasar las tropas en formación, y descendiendo y sin árboles, estridi en una gran parte, muy abierto al rededor, en un espacio de mas de diez millas, quasi todo del mismo modo, muy poco poblado de casas."

³ "Salve tierra, de frutos abundantes y de grandes varones!"

otaría en vuestra alma emociones tan fuertes como la vista de esta tierra cuyo suelo no ha sido rejuvenecido con el cultivo moderno, y que, por decirlo así, ha quedado antiguo como las ruinas que le cubren.

Nada más bello que las líneas del horizonte romano, como la suave inclinación de las montañas, y los contornos sumos y fugaces de las montañas que le terminan. Muchas veces los valles tienen la forma de un arco: ó de un hipódromo; las colinas la figura de terrazas, como si la mano poderosa de los romanos hubiera remodelado toda esta tierra. Un vapor particular, extendido á lo lejos, redondea los objetos, y hace que desaparezca lo que pudieran tener de mas duro ó de muy avanzado en sus formas. Las sombras menos pesadas y negras; en las masas de peñas y en la frondosidad, no hay jamás tanta oscuridad que no se perciba siempre alguna claridad. Un viso de armonía singular une la tierra, el cielo, las aguas; todas las superficies se sacan en sus extremos por medio de una graduación insensible de colores, sin que se pueda determinar el punto donde acaba un matiz y comienza el otro. Vos sin duda habéis admirado en los países de la Claudi, Loreo aquella luz ideal y mas bella que el natural: pero bien, esa es la luz de Roma.

No me cansaba de ver en la Quinta *Borghesi* cómo se ponía el sol sobre las cumbres del monte *Mario*, ó sobre los planos plantados por Mr. Le Nôtre de la Quinta *Pamfilii*. También he navegado el Tíber agua arriba por *Ponte Mario* para disfrutar la grande escena de la caída del sol. Las cimas de las montañas de la *Sabina* parecían entonces de lapidulari y de oro moilente, al paso que su base y falda están sumergidas en un vapor de color violado ó de purpurina. Otras veces las bellas nubes, en forma de ligeros carros, llevadas por el viento de la tarde con una gracia inimitable, dan á entender la aparición de los habitadores del Olimpo bajo el aspecto mitológico; otras parece que la antigua Roma ha extendido en el Occidente toda la purpura de sus cónsules y de sus césares, bajo los últimos pasos del dios del día. Esta magnífica decoración no desaparece tan pronto como en nuestros climas: cuando se os figura que los matos van á desaparecer, de repente se avirán en otro cualquiera punto del horizonte; un crepúsculo parece que sigue á otro crepúsculo, y se prolonga la magia de la puesta del sol. Es verdad que á estas horas del descenso campestre, ya no recuerda el aire con los cantares *arabícos*; los pastores no existen: *Dulcis linguine avocato*, pero se ven en las grandes *últimas del Olimpo*, bueyes blancos ó maderas de yegua medio salvajes, que bajan solos á la orilla del Tíber y á beber en sus aguas. Os creeréis llevado á los tiempos de los antiguos sabios, ó al siglo del Arca de Esvandro, cuando el Tíber se llamaba *Albula*,¹ y el piadoso Ensus subió por sus aguas desconocidas.

Con todo eso, convendré que los sitios de Nápoles deslumbran mas que los de Roma. Cuando inflamado el sol ó la luna ancha y enrojecida, se levanta sobre el Vesubio como un globo arrojado que el volcán, la bahía de Nápoles con sus riberas coronadas de naranjos, las montañas de *Sorrento*, la isla *Caprea*, la costa de *Pausilipo*, *Baies*, *Mis-*

1 "Pastores de los pueblos." (Homero).
2 Véase Tito-Livio.

ne, Cumas, el Averno, los Campos Elíseos y toda esta tierra de Virgilio, presentan un espectáculo mágico; pero no tiene la grandiosidad de la campiña de Roma. A lo menos es claro que se añaden una sobremateria á este sacro famoso: dos mil años hace que Ciceron se crea destruido bajo el cielo del *Lata*, y que escribía á sus amigos: *Urben, mi Rufi, cole, et in tate luce vive!* El atractivo de la hermosa Ansonia es aun el mismo. Si cita el ejemplo de algunos viajeros que habiendo venido á Roma con el designio de pasar unos días en ella, se han quedado toda su vida. Convino que el Pásmo viniese á morir á esta tierra de hermosos países; y en el instante en que os escribo, tengo el honor de conocer á Mr. Agincourt, que vive aquí solo veintidós años hace, y hace esperar á la Francia que ha de tener su *Winkelmann*.

Cualquiera que se ocupa exclusivamente en el estudio de la antigüedad ó en el de las bellas artes, ó el que está desprendido de todos los vínculos de la vida, debe venir á vivir en Roma. Aquí encontrará para su compañía una tierra que alimente sus reflexiones y ocupe su corazón, y pasos que siempre le dirán algo. Le hablará la piedra que hollare con sus pies, y el polvo que el viento levanta con sus pisadas contendrá alguna grandeza humana. Si es desgraciado, si ha mezclado las cenizas de los que amó con tantas otras ilustres, ¡con qué embalse no pasará desde el sepulcro de *Besidion* á la tumba de un amigo virtuoso, desde el sobrio manáico de *Cecilia Metella* á la tumba modesta de una mujer desventurada! Podrá permitirse que estos males queridos gusten de andar vagando en un rededor de estos monumentos con la sombra de un Ciceron que flora todavía su Tula, ó de una *Agripina* compada aun con la urna de *Germanico*. Si fuere cristiano, ¡ah! ¿cómo ha de poder separarse de un suelo que se ha convertido en patria suya; de este suelo que ha visto nacer un nuevo imperio mas santo en su cima, mas grande en su dominación que el que le ha precedido; de esta tierra en que los amigos que hemos perdido, durmiendo con los santos en las catacumbas, bajo la vigilancia del Padre de los fieles, parece que deben despertar los pinexros en sus cenizas, y que están mas cerca del cielo!

Aunque en el día se semeje Roma, vista interiormente, á la mayor parte de las ciudades de Europa, con todo eso, aun conserva un carácter particular. No hay otra cosa que presente ligal mezcla de arquitectura y de ruinas, desde el *Panteon* de *Agripa* hasta las murallas gólicas de *Bellisario*; desde los monumentos traídos de *Aliphanía* hasta la ópera levantada por *Miguel Ángel*. Otro logo distintivo es la hermosura de sus mujeres: estas en su presencia y su aire recuerdan las *Cleopas* y las *Corneias* creemos ver las castinas antiguas de *Junio* ó de *Palmy* que han bajado de su pedestal y pasean al rededor de sus templos. Por otra parte, entre los romanos se encuentra *aquel tono de carnes* que los pintores llaman *color histórico*, y es el que emplean en sus cuadros. Parece natural que unos hombres cuyos abuelos han hecho un papel tan grande en la tierra, hayan servido de tipo á

1 "En Roma es donde se ha de habitar, mi querido Italo." Es necesario vivir á esta luz." Creo que es en el primero ó segundo libro de las *Cartas familiares*. Como siempre el estado de memoria, espero se me diamante si se halla alguna falta de exactitud en las citas.

los *Rafaeles* y *Dominiquinos*, para representar los personajes de la historia.

Otra cosa singular de la ciudad de Roma, son los rebales de cabras, y sobre todo, las juntas de bueyes con amorres cuernos, que se encuentran esculidos al pié de los obeliscos egipcios, entre las ruinas del Foro, y bajo los arcos por donde en otro tiempo pasaban para conducir al triunfador hasta este Capitolio que Ciceron le llama *el consejo público del universo*.

Romanos ad templum Deum duxerunt triumphos.

Al bullicio ordinario de las grandes ciudades se mezcla aquí el de las aguas que se oyen por todas partes, como si se estuviera al lado de las fuentes de *Blanduino* y de *Geris*. Desde la altura de las colinas contenidas en el recinto de Roma ó al extremo de muchas calles, desechese el campo en perspectiva, lo cual forma una mezcla muy pintoresca. Los tejados en invierno están cubiertos de yerba; poco mas ó menos como los techos viejos de paja de nuestros aldeanos. Estas diferentes circunstancias contribuyen á dar á Roma un no sé qué de rústica, que os recuerda que sus primeros dictadores conducían el arado, que ella debió el imperio del mundo á labradores, y que el mayor de sus poetas no se desdichó de enseñar el arte de *Hesiodo* á los hijos de *Rómulo*.

Acrotaqueque como Romana pro oppida carmen.

En cuanto al Tíber, que baña esta grande ciudad participando su gloria, es su destino enteramente caprichoso. Pasa por un ángulo de Roma como si no existiese; no se le mira, no se habla nunca de él, no se beben sus aguas, ni las mujeres se sirven de ellas para lavar; se oculta furtivamente entre las malas casas que le cubren, y corre á precipitarse en el mar, avergonzado de llamarse el *Tevere*.

Ahora, mi querido amigo, es preciso decirles algo de estas ruinas de que me habeis encargado tanto que os hablé; las he visto por menor, ya en Roma, ya en Nápoles, exceptando no obstante los templos de *Poestum*, que no ha tenido tiempo de visitar. Vos conoceréis que aquellas deben tomar diversos caracteres conforme las memorias que recuerdan.

En una hermosa tarde del mes de julio último, fui á sentarme al Coliseo, en la grada de uno de los altares conas gradados á los *dolores de la Pasión*. El sol, que se iba poniendo, derramaba ríos de oro por todas estas galerías en donde corría otro tiempo el torrencio de los pueblos; allí al mismo tiempo oscuras sombras de lo hondo de los aposentos y de los corredores, ó caían en la tierra desde lo alto de los maderos de la arquitectura, formando anchas figuras negras. Percibía ya, entre las ruinas del lado derecho del edificio, el jardín del palacio de los *Césares*, que parece se habia colocado sobre estos restos expresamente para los pintores y los poetas. En vez de los gritos de alegría que arrojan en otro tiempo los feroces espectadores en el anfiteatro, al ver á los cristianos despedazados por los leones y panteras, no se oían mas que los ladridos de los perros del ermitaño que guarda estas ruinas. Pero al instante que el sol se ocultó en el horizonte, resonó la campana de la rotunda de San Pedro en los pórticos del Coli-

seo. Esta correspondencia formada por los sonidos religiosos entre los dos mayores monumentos de Roma pagana y Roma cristiana, me causó una viva emoción; pensé que este moderno edificio llegaría á arruinarse como el antiguo, y que los monumentos se suceden como los hombres que los han levantado. Me acordé que aquellos mismos judíos que en su primera cavidades habían trabajado en los edificios del Egipto y de Babilonia, habían tambien construido este enorme recinto en su última disposición; que el monumento sobre cuyas bóvedas resonaba la campana cristiana, era obra de un emperador pagano, señalado en las profecías para la destrucción de Jerusalen. ¡Y si una sola ruina, amigo mío, da tan grandes motivos de meditación, creece que una ciudad en que aquellos se reproducen á cada paso, no merezca ser visitada!

Ayer, 9 de enero, volví al Coliseo para verle en diferente estación y bajo de otro aspecto; al llegar, me admiró el no oír ladrar á los perros que ordinariamente sallan á los corredores altos del anfiteatro, entre las ruinas y las yerbas secas. Llamé á la puerta de la ermita construída bajo el arco de un cuarto; no me respondieron: ha muerto el ermitaño. La inelencuencia de la estación, la ausencia del buen solitario, memorias recientes y dolorosas duplicaron tanto en mí la tristeza de este recinto, que creí ver las ruinas de un edificio que habia admirado algunos días antes entero y con toda su frescura. Así es como á cada paso recordamos nuestra nada. Busca el hombre exteriormente razones para convencerse; va á meditar sobre los reliquias de los monumentos de los imperios; y no piensa que él mismo es una ruina aun mas vasillante, y que cesará antes que estos restos! Lo que mas asombró nuestra vida al sueño de una sombra; es que ni aun podemos separar el vivir largo tiempo en la memoria de nuestros amigos. Sa corazón, en que se grabó nuestra imagen, no es como el objeto de quien se conservan las facciones, un barro expuesto á deshacerse! Me han enseñado en *Portici* un pedazo de ceniza del Vesubio que se deshace al tacto y conserva la marca cada día mas borrada, del pecho y brazo de una jóven enterada bajo las ruinas de Pompeya; es una imagen bastante puntual (aunque no es todavía bastante útil) del rastro que deja nuestra memoria en el corazón de los hombres, que solo es ceniza y polvo.²

Antes de partir para Nápoles, fui solo á pasar algunos días á *Tivoli*. Recorrí las ruinas de las *cazonias*, y sobre todo las de la *cilla Adriana*. Me sorprendió la lluvia á la mitad de mi carrera, y me acogí á las salas de las *Termas* inmoladas al *Pezzo*,³ debajo de una higuera que al crecer habia derribado un lienzo de pared. En una pieza pequeña oculta habia hallado la bóveda del edificio una parrá silvestre, y su grossa cepa, roja, lisa y tortosa, rubia como un serpiente por la pared arriba. En mi rededor, á través de los pórticos de las ruinas, se abrían puntos de vista sobre la campiña de Roma: las salas yermas estaban llenas de matas de salmoe, á donde se acogían algunos mirlos solitarios. Los restos de *manasteria* estaban colgados de hojas de la planta llamada *lengua de ciervo*, cuyo vertedor de raso formaba dibujos como un tra-

1 Pied.
2 Jor.
3 Monumentos de la villa.

bajo de mosaico sobre la blancura del mármol. Altos cipreses reemplazaban á uno y otro lado las columnas caídas en este palacio de la muerte; el acanto silvestre se elevaba á sus pies, sobre los escorzos, como si la naturaleza se complaciera en reproducir el ornamento de una pasada belleza en estas grandes obras de arquitecturas mutiladas. Las diversas salas y las salas de las ruinas parecían canastillos y ramilletes de verduras; el viento sacudía las hémidas guirnaldas y las plantas se agobiaban con la lluvia.

Al mismo tiempo que contemplaba este cuadro, mil ideas confusas se arrojaban en mi memoria; tan pronto admiraba como detestaba la grandeza romana; tan pronto pensaba en las virtudes como en los vicios de aquella propietaria del mundo que quiso revivir la imagen de toda la tierra en su jardín. Me acordaba de todos los acontecimientos que habían trastornado esta soberbia villa; la veía despojada de sus mas hermosos ornamentos por el sucesor de Adriano; veía pasar los bárbaros como un torbellino, acantonarse en ella algunas veces y coronar el órden griego y toscano con las almenas góticas para defenderse en estos monumentos que habían medio destruido ellos mismos. En fin, los religiosos cristianos, volviendo á traer la civilización á estos sitios, plantaban la vida y conducían la estera en el templo de los *Estivios* y en las salas de la *Academia*.¹ Renació luego el signo de las artes y nuevas memorias sababan de trastornar las ruinas que quedaban de estos palacios para encontrar alguna obra grande de las artes. Con estas diferentes pensamientos se mezclaba una voz interior que me repetía lo que se ha hecho mil veces sobre la vanidad de las cosas humanas. Aun hay doble vanidad en los monumentos de la villa *Adriana*; estos no eran, como sabemos, sino la imitación de otros monumentos esparcidos en las provincias del imperio romano. Ya no existen el verdadero templo de *Severus* en Alejandría, ni la verdadera *Academia* en Atenas, ni veis ya en las copias de Adriano mas que ruinas de ruinas.

Ahora sería necesario, amigo mio, describir os el templo de la Sibila en Tivoli y el templo hermoso de Vesta colgado sobre la cascada; pero me falta el tiempo. Siento tambien no poder pintaros esta cascada eligida por Horacio; allí estaba yo en nuestros dominios como heredero del *simplex munditijs* del cantor del *Arte poético*; pero la he visto en estacion bastante triste y yo tan poco estaba muy alegre. Os diré mas, me importunaba el ruido de las aguas, que tantas veces me habia embalsado en las selvas americanas. Me acuerdo aun con qué delicia, en medio del desierto, por la noche, cuando mi hoguera estaba medio apagada, cuando mi conductor dormia y mis caballos pacian á cierta distancia; me acuerdo, digo, con cuánta delicia escuchaba en lo profundo de los bosques la melodía de las aguas y de los rios. Estos murmullos, ya fuertes, ya débiles, creciendo ó disminuyendo á cada instante, me estremecian, y cada árbol era para mí una especie de lira de donde escapaban los vientos armonios inesplosibles.

En el dia advierto que soy menos sensible á estos embalsos de la naturaleza, y dudo que la catarata de Nísarua

1 Monumentos de la villa.
2 "Sencillos elegantes" Horac.

me causase la misma admiración que otras veces. Cuando somos jóvenes *habla* mucho la naturaleza muda, porque hay en el corazón del hombre superabundancia de sensaciones; en porvenir lo tiene todo delante (á es que mi Aristarco quiere que pase esta epístola); espera volver sus sensaciones al mundo y se alimenta con mil quimeras; pero en la edad mas avanzada, cuando la perspectiva que teníamos delante pasa detrás y estamos desengañados de una multitud de ilusiones, entonces la naturaleza sola se vuelve menos *habladora*; los *jardines dicen poco*.² El menester, para que no nos interese aun, que se agregan á nosotros mismos; la soledad nos pesa y necesitamos aquellas conversaciones que se tienen en voz baja por las noches entre amigos.³

No he abandonado á Tivoli sin ver la casa del poeta que osabo de citar; estaba enfrente de la villa de Mecenas. Allí era donde ofrecía *floribus et vino generium memoria brevis aevi*.⁴ La casita no podía ser grande; porque estaba situada sobre la loma del cerro; pero se conoce que se estaria bien resguardado en aquel sitio y que todo era cómodo, aunque pequeño. Desde el huerto, que estaba delante de la casa, abrazaba la vista un país inmenso; verdaderamente retirado de un poeta, á quien poco le bastaba á ver todo lo que no es suyo: *specte brevi spem longam recessit*.⁵ Además, que es muy fácil ser feliz como Horacio; tenía una casa en Roma, dos villas, una en Útica y otra en Tivoli. Debía con sus amigos un cierto vino del consulado de Tulio; su mesa estaba cubierta de plata labrada; decía familiarmente al primer ministro del delfín del mundo: "No experimento las necesidades de la pobreza y si alguna cosa mas quisiera, tú no la me negaras, Mecenas." Con esto bien se puede cantar *Lalagé, coranarse de azucenas que duran poco*, hablar de la muerte bebiendo el Falerno y dar al viento los cuidados.

Observo que Horacio, Virgilio, Tibulo, Tito-Livio, nacieron todos antes que Augusto, que en esta parte tuvo la suerte de Luis XIV: nuestro gran príncipe sobrevivió un poco á su siglo y se echó el último en la tumba como para asegurarse que no quedaba nada tras él.

Sin duda os será muy indiferente saber que la casa de Cástulo está en Tivoli, mas arriba de la casa de Horacio, y que sirve ahora de habitación á algunos religiosos cristianos; pero quizá tendréis por cosa notable que el *Aristo* haya venido á componer sus *Séculas cónicas* en el mismo sitio en que Horacio se ha burlado de las cosas de la vida. Se pregunta uno con sorpresa en qué puede consistir que el cantor de Bolando, retirado á la casa del cardenal de Est en Tivoli, haya consagrado sus divinas lecciones á la Francia, y á la Francia medio bárbara, cuando tenía á la vista los severos monumentos y las graves memorias del pueblo mas serio y mas civilizado de la tierra. Por lo demás, la villa de Est es la única villa moderna que me ha causado interés en medio de la memoria de las de tantos emperadores y cónsules. Esta última casa de Ferrara ha tenido la fortuna poco común de haber

1 La Fontaine.
2 Horacio.
3 Flores y vino al genio que nos recuerda la brevedad de la vida.
4 "Delicias á un estrecho espacio tus largas esperanzas."
5 Polisea.

ido cantada por los dos mayores poetas de su tiempo y los dos mejores ingenios de la Italia moderna.

*Piacere generose Ercoleae prole
Ornamento, et splendor del secol nostro
Ippolito, etc.*

Es la exclamación de un hombre feliz que dá gracias á la poderosa casa de donde recibe los favores, y de la que es el mismo la delicia. El Taso, mas patético, deja en su invocación los acentos del reconocimiento de un hombre grande desgraciado:

Tu magnanimum Alfonso, il qual ritogli, etc.

Servirse del poder para proteger los talentos desgraciados, es hacer un noble uso de él. Ariosto á Hipólito de Est, ha dejado una memoria en los valles de Tivoli que no ode en admiración á la de Horacio y Mecenas. ¿Pero qué se han hecho los protectores y protegidos? En el momento en que escribo, acaba de extinguirse la casa de Est, su villa está arruinada, como la del ministro de Augusto: esta es la historia de todas las cosas y la de todas las horas.

*Lingenda tellus, et domus, placens
Uxor!*

Pasé casi un dia entero en esta soberbia villa. No me cansaba de admirar la dilatada perspectiva que se goza desde el alto de sus terrazas. A vuestros pies se extienden los jardines con sus plátanos y sus cipreses; después de los jardines siguen las ruinas de la casa de Mecenas; allá á las orillas del Anio; al otro lado del rio, sobre una ladera en frente, domina un bosque de antiguos olivos en donde se hallan las reliquias de la villa de Varo; un poco mas lejos y á la izquierda de la llanura, se levantan los tres montes *Monticelli, San Francesco y Sant Angelo*, y entre las cimas de estos tres montes vedada, aparece a cambio lejama y azulada de la antigua *Soracte*; en el horizonte y á la extremidad de las campiñas romanas, describiendo un círculo por el Occidente y Mediodía, se describen las eminencias del Monte-Fuscone, Roma, Civitavecchia, Ostia, el mar, Frascati coronado con los pinos del *Assolano*; en fin, volviendo á buscar á Tivoli hécia el Oriente, termina toda la circunferencia de esta inmensa perspectiva en el monte Ripoli, ocupado en otro tiempo por las casas de Bruto y Anio, y al pié se encuentra la villa *Adriana*.

En medio de este cuadro, corre el *Tevere* rápidamente hécia el Tiber, y la vista puede seguir su curso hasta el puente en que se levanta el mausoleo de la familia *Pompa*, fundado en figura de torre. El camino real de Roma se extiende tambien por la campiña; era la antigua *via Tiburtina*, guardada antiguamente sus orillas de unas sepulcrales, y en el dia de hacinas de heno á manera de pirámides, que parecen sepulcros.

1 "Es preciso dejar la tierra, su casa y una esposa amada."
2 Hoy el Tevere

Sería difícil encontrar en el mundo una vista mas á propósito para excitar poderosas reflexiones. No hablo de Roma cuyas cúpulas se dejan ver, porque ella sola lo dice todo; hablo solamente de los parajes y monumentos que se encierran en esta vasta extensión. Ved aquí la casa en que Mecenas, aislado de los bienes de la tierra, murió de languidez; Varo dejó esta ladera para ir á verter su sangre en los pantanos de la Germania; Cincio y Bruto abandonaron estos retiros para volver su patria; Ciceron, bajo estos pinos de Frascati, dictaba sus *Tusculanos*; Adriano hizo correr un nuevo Peneo al pié de esta colina, y trasapó á estos sitios los nombres, los embalsos y las memorias del valle de Tempé; la reina de Palmira acabó sus dias oscuramente hécia este manantial de la Solfatara, y su ciudad desapareció en un momento del terreno. Aquí fué donde el rey Latino consultó al dios Fauno en la selva de Albanos; aquí es donde Héculus tenía su templo, en que la Sibila Tiburtina dictaba sus oráculos; allí están las mentiras de los antiguos sabines, las llanuras de la antigua Lacio; tierra de Saturno y de Rea, cuna de la edad de oro cantada por todos los poetas; riuicela del nacimiento de Tiber y de Lacerello, cuyos grietas solo ha podido delinear el genio francés, esperando el pincel del Pausino y de Claudio Loro.

Bejé de la villa de Est hécia las tres de la tarde, pasé el *Tevere* por el puente de Lupus, para entrar en Tivoli, por la puerta Sabina. Al pasar por el olivar de que os he hablado, vi una capilla blanca dedicada á nuestra Señora *Quintiliana* y edificada sobre las ruinas de la villa de Varo. Era domingo; estaba abierta la puerta, entré vi tres átticos colocados en forma de cruz; en el do un medio había un crucifijo de plata, delante del cual ardía una lampara pendiente de la bóveda. Un hombre solo, de aspecto muy infeliz, estaba arrodillado al lado de un banco; oraba tan fervorosamente, que ni siquiera levantó la vista al ruido de mis pasos. Sentí lo que mil veces tanto experimentado cuando entro en una iglesia; es decir, cierto sosiego en las turbulencias del corazón (hablando como nuestro Biblia vieja), y no sé qué aversión al mundo. Me hincó de rodillas á cierta distancia de aquel hombre; é inspirado por la santidad de aquel lugar, no pude dejar de hacer esta oración: "Dios del viajero, que os habéis dignado permitir que el peregrino os adore en este humilde asilo construido sobre las ruinas del palacio de un grande de la tierra; Madre de dolores, que habéis establecido vuestro culto en la herencia de este desgraciado romano muerto lejos de su país, dentro de los brazos; aquí solo estamos dos fieles preteratados de vuestro altar solitario." Conceded todo lo que os pide, á este desconocido que tan profundamente humillado parece ante vuestras grandezas; haced que los ruegos de este hombre sirvan tambien para curar mis enfermedades; des, á fin de que estos dos cristianos que no se conocen, que solo se han encontrado un instante en la vida y van á separarse para no verse mas en ella, se admiren, cuando se encuentren al pié de vuestro trono, de haberse debido mutuamente una parte de su felicidad por los "milagros de la caridad!"

Cuando veo, amigo mio, todos estos papeles esparcidos sobre mi bufete, me espanto de tan enorme farrago y dudo en enviárselo. Conozco sin embargo que no os he di-

sarios del sétimo, noveno y cuadragesimo día, venían de los romanos, quienes los tomaron de los griegos. Estos tenían las exequias y las ofrendas que se hacían por las almas de los dioses infernales, los funerales, los cantos, el novenario; y después las tridécimas y tridecimas, el día treinta.

Los latinos tenían *Justa*, *Exequias*, *Inferias*, *Parentationes*, *Nependalia*, *Denicilia*, *Febria*, *Feralia*.

Cuando el moribundo iba a espirar, un amigo suyo, ó el pariente más cercano, aplicaba su boca á la de aquel para recoger un último suspiro; después se entregaba el cuerpo á los *Polinectores*, *Libitinaris*, *Vespilio* y *Designatores*, de cuyo cargo era lavarle, embalsamarle, llevarle al sepulcro ó á la hoguera con las ceremonias acostumbradas. Los pontífices y sacerdotes iban delante del acompañamiento, donde llevaban las pinturas de los ascendientes del difunto, coronas y trofeos. Dos coros cantando, el uno tonos vivos y alegres y el otro lentos y tristes, precedían la pompa. Los antiguos filósofos se figuraban que el alma (la cual decían no era mas que una armonía) subía al rumor de estos conciertos fúnebres al Olimpo, para gozar allí de la melodía de los cielos, de que era una emanación. (Véase á *Macrobio sobre el Sueño de la Escipión*.)

El cuerpo se depositaba en el sepulcro ó en la urna fúnebre, y se pronunciaba sobre ella la última despedida. *Vale, vale, vale. Nos te ordino que Natura permittit sequeretur.*

NOTA 40.

"Mas arriba de Brig viene á quejarse el valle en el estrecho ó inaccesible precipicio cuyo fondo ocupa y profaniza mas el Ródano. El camino sube por las montañas estentorianas y se interna en la soledad mas monástica, de manera que en los Alpes no se ve cosa mas salvaje al dígame. Dos horas se camina sin encontrar el menor vestigio de habitaciones, á lo largo de una cañada peligrosa, oscurizada por sombras selvas y colgadas sobre un precipicio cuya oscura profundidad no puede penetrar la vista. Es célebre este paso por los asesinatos; y cuando yo pasó, había muchas cabezas puestas sobre piosos, que eran la digna decoración de aquel horrible paisaje. Llegase en fin al lugar de *Lax*, situado en el paraje mas desierto y remoto de aquella comarca. El anelo sobre que está fundado forma una pendiente rápida hácia el precipicio, de cuyo fondo se levanta el sordo bramido del Ródano, y al otro lado de este abismo se ve un pueblocillo en semejante situación; sus dos iglesias están opuestas la una á la otra, y desde el cementerio de la una oía yo sucesivamente los cantos de las dos parroquias, que parecía se correspondían mutuamente. Los que conocen la triste armonía de los cánticos alemanes, imagináronse cantados en este paraje, acompañados con el remoto rumor del torrente y el silbido de los piosos." (*Certuras sobre la Suiza*, de *William Cove*, t. II. Nota de *Mr. Ramond*.)

NOTA 41.

Monumentos destruidos en la abadía de *Saint-Denis* los días 6, 7 y 8 de agosto de 1793.

Aquí presentaremos al lector notas muy preciosas sobre

las exhumaciones de *Saint-Denis*, tomadas por un religioso de esta abadía, testigo ocular.

SITUACION DE LOS SEPULCROS.

En el santuario, al lado de la epístola.

El sepulcro del rey Dagoberto I, muerto en 638, y las dos estatuas de mármol blanco, la una echada, la otra de pie, y la de la reina Nantilde, su mujer, también de pie. Tuvieron que romper la estatua de Dagoberto colada, porque formaba parte del mazo del sepulcro y de la pared, y conservaron el restante del sepulcro, que representaba la vision de un ermitaño con motivo de lo que se cuenta que sucedió al alma de Dagoberto después de su muerte, porque este trozo de escultura puede ser útil á la historia de las artes y á la del entendimiento humano.

En el crucero del coro, al lado de la epístola, á lo largo del enrejado.

El sepulcro de Clovis II, hijo de Dagoberto, muerto en 662. Este sepulcro era de mármol blanco.

El de Carlos Martel, padre de Pepino, muerto en 741, era de piedra. El de su hijo Pepino, primer rey de la segunda estirpe, muerto en 768. Al lado, el de su mujer Berta ó Bertrada, muerta en 783.

Al lado del evangelio y á lo largo del enrejado.

El sepulcro de Carloman, hijo de Pepino, hermano de Carlomagno, muerto en 711; y á su lado, el de Hermentruda, mujer de Carlos el Calvo, que murió en 809. Ambos sepulcros de piedra.

Al lado de la epístola.

El sepulcro de Luis III, hijo de Luis el Tartamudo, muerto en 882; y el de Carloman, hermano de Luis III, que murió en 884. Uno y otro de piedra.

Al lado del evangelio.

El sepulcro de Eudes el Grande, tío de Hugo Capeto, que murió en 899, y el de Hugo Capeto, muerto en 1033.

El de Enrique I, que murió en 1040; el de Luis VI, llamado el Gordo, que murió en 1137; el de Felipe, hijo primogénito de Luis el Gordo, que fué coronado viviendo su padre, y murió en 1131.

El de Constanza de Castilla, segunda esposa de Luis VII, llamado el Joven, que murió en 1159.

Todos estos monumentos eran de piedra y se habían construido el siglo trece, en el reinado de san Luis. Cada uno contenía dos fereetros pequeños de piedra, de cerca de tres pies de largo, cubiertos con una piedra en forma de lomo de caballo, que encerraban las cenizas de estos príncipes y princesas.

Todos los monumentos que seguían á estos eran de mármol, excepto dos de que haremos mención, construidos en el siglo en que vivieron los personajes cuyas cenizas contenían.

En el crucero del coro al lado de la epístola.

El sepulcro de Felipe el Atrevido, que murió en 1385, y el de Isabel de Aragón, su esposa, muerta en 1372. Estos dos sepulcros estaban huecos, y cada uno contenía una caja de plomo de cerca de tres pies de largo, sobre ocho pulgadas de alto. Encerraban las cenizas de estos dos esposos.

El de Felipe VI el Hermoso, que murió en 1314.

Lado del evangelio.

Luis X, llamado el Altanero, que murió en 1316, y el de Juan, su hijo póstumo, á quien la mayor parte de los historiadores no cuentan en el número de los reyes de Francia, murió el mismo año que su padre y á los cuatro días después de su nacimiento, y tuvo el título de rey en este corto tiempo.

A los pies de Luis el Altanero, está Juana su hija, reina de Navarra, que murió en 1349.

En el santuario, al lado del evangelio.

Felipe V, llamado el Largo, que murió en 3 de enero de 1321, con el corazón de su esposa Juana de Borgoña, muerta el 21 de enero de 1329; Carlos IV el Hermoso, que murió en 1327, y Juana de Erreux, su esposa, muerta en 1370.

Capilla de Nuestra Señora la Blanca, al lado de la epístola.

Blanca, hija de Carlos el Hermoso, duquesa de Orleans, muerta en 1392, y María, su hermana, que murió en 1344; mas abajo, dos edifes de piedra de estas dos princesas, apoyadas en los pilares de la entrada de la capilla.

En el santuario de esta capilla, lado del evangelio.

Felipe de Valois, muerto en 1351, y Juana de Borgoña, su primera esposa, que murió en 1348.

Blanca de Navarra, su esposa segunda, muerta en 1398, Juana, hija de Felipe de Valois y de Blanca, muerta en 1373; mas abajo, dos figuras de piedra de Blanca y de Juana, apoyadas en los pilares del extremo bajo de la capilla.

Capilla de San Juan Bautista, llamada de los Carlos.

Carlos V, llamado el Sabio, muerto en 1380, y Juana de Borbon, su esposa, que murió en 1378.

Carlos VI, muerto en 1422, é Isabel de Baviera, su esposa, muerta en 1425.

Carlos VII, muerto en 1461, y María de Anjou, su esposa, que murió en 1463.

Volviendo al santuario, al lado del altar mayor y del evangelio, se ve el sepulcro del rey Juan, que murió prisionero en Inglaterra el año de 1364.

Al pié de las gradas del santuario y al lado del evangelio, el mazo del monumento de Carlos VIII, muerto en 1498, cuya estatua y los cuatro ángeles de las cuatro esquinas se habían quitado en 1792, fué demolido el 8 de agosto de 1793.

En la capilla de Nuestra Señora la Blanca estaban las dos figuras de Enrique II, de mármol blanco, muerto en 1559, y de Catalina de Médicis, su esposa, que murió en 1589; vestidas una y otra con manto, real y echadas sobre una cama cubierta de planchas de cobre, dorado, con las cifras de los dos adornadas de flores de lis. En la capilla de los Carlos estaba el sepulcro de Beltrán Duguesclin, que murió el año de 1350.

Nota. Este sepulcro, que no se había comprendido en el decreto, fué destruido por los trabajadores en 7 de agosto; pero trasladaron su estatua á la capilla de Turenne, en tanto que se conducía á su destino.

Nota. Las cenizas de los reyes y reinas encerradas en los fereetros de piedra ó de plomo de los sepulcros huecos de que hemos hablado, se depositaron, como hemos dicho arriba, en el sitio en que se había construido la torre de los Valois, contigua al crucero de la iglesia por el lado del Santuario, que entonces servía de cementerio. Este magnífico monumento había sido destruido en 1719.

Muy poco se ha encontrado en los ataúdes de los sepulcros huecos; en el de Pepino había un poco de hilo de oro fino. Cada sepulcro contenía la inscripción sencilla del nombre sobre una plancha de plomo, y la mayor parte de estas planchas estaban muy maltrecadas por el orín ó moho.

Estas inscripciones, como también los cofres de plomo de Felipe el Atrevido y de Isabel de Aragón, se pasaron á la casa de la ciudad y después se fundieron. Lo más notable que se encontró, fué el sello de plata en forma ojiva, de Constanza de Castilla, segunda esposa de Luis VII llamado el Joven, que murió en 1166; pesa tres onzas y media; se depositó en la municipalidad para conducir al gabinete de antigüedades de la Biblioteca real.

El número de los monumentos destruidos desde el 6 al 8 de agosto de 1793, por la tarde, en que se concluyó la destrucción, haciendo é incineración y uno, y de este modo se destruyeron en tres días los trabajos de dos siglos.

P. D. El sepulcro del mariscal de Turenne, que se había conservado intacto, fué demolido en abril de 1796 y conducido á los *Pettis-Augustine*, arrabal de *Saint-Germain* de Paris, donde remanen todos los monumentos que merecen conservarse para las artes.

No se levantó todo el plomo con que estaba cubierta la iglesia y se llevó á Paris hasta 1795; pero el 6 de setiembre de 1796, condujeron de Paris teja y pizarra para volverla á techar, segun decían, con el fin de que se conservase este magnífico monumento.

Las soberbias rejas de hierro hechas en 1709 por un tal Pedro Dionisio, cerrajero muy hábil, han sido trasladadas y depositadas en la biblioteca del colegio Mazarino en Paris, en julio de 1796.

El mismo cerrajero había hecho otras rejas iguales para la abadía de Chelles, en el tiempo en que madama de Orleans era abadesa.

El mismo cerrajero había hecho otras rejas iguales para la abadía de Chelles, en el tiempo en que madama de Orleans era abadesa.

El sábado 12 de octubre de 1793, se abrió la bóveda de los Borbones por el lado de las capillas subterráneas, y se

empezó sacando el ataud del rey Enrique VI, que murió el 14 de mayo de 1610, de edad de cincuenta y siete años.

Observaciones. Se ha encontrado su cuerpo bien conservado, y las facciones del rostro se conocían perfectamente. Ha quedado en el pasadizo de las capillas bajas envuelto en su mortaja, que también estaba bien conservada. Cualquiera ha tenido la libertad de verle hasta el lunes 14 por la mañana que lo llevaron al coro, bajo las gradas del presbiterio, donde permaneció hasta las dos de la tarde que se depositó en el cementerio llamado de Valois, como hemos dicho, en un gran foso abierto en la parte más baja de dicho cementerio, al lado derecho, que es el del Norte.

El lunes 14 de octubre de 1793.

Este día, después de comer los trabajadores, como á las tres de la tarde, se continuó la extracción de los demás fúnebres de los Borbones.

El de Luis XIII, muerto en 1643, de edad de cuarenta y dos años.

El de Luis XIV, que murió en 1715, de edad de setenta y siete años.

El de María de Médicis, segunda esposa de Enrique IV, muerta en 1642, de edad de sesenta y ocho años.

El de Ana de Austria, esposa de Luis XIII, muerta en 1666, de edad de sesenta y cuatro años.

El de María Teresa, infanta de España, esposa de Luis XIV, que murió en 1683, de edad de cuarenta y cinco años.

El de Luis, delfín, hijo de Luis XIV, muerto en 1711, de edad de cerca de cincuenta años.

Observaciones. Algunos de estos cuerpos estaban bien conservados; el de Luis XIII, sobre todo, se conocía por su bigote; Luis XIV, también por sus facciones grandes, pero estaba negro como un carbón. Los otros, particularmente el de gran delfín, se hallaban en estado de putrefacción ligera.

El martes 15 de octubre de 1793.

Como á las siete de la mañana se volvió á continuar la extracción de los fúnebres de los Borbones, empezando por el de María Leocadia, princesa de Polonia, esposa de Luis XV, muerta en 1768, de edad de sesenta y cinco años.

El de María Ana Cristina Victoria de Baviera, esposa de Luis, gran delfín, que murió en 1690, de edad de treinta años.

El de Luis, duque de Borgoña, hijo de Luis, gran delfín, muerto en 1712, de edad de treinta años.

El de María Adelaida de Saboya, esposa de Luis, duque de Borgoña, que murió en 1712, de edad de veintiseis años.

El de Luis, duque de Bretaña, hijo primero de Luis, duque de Borgoña, muerto en 1705, de edad de nueve meses y diez y nueve días.

El de Luis, duque de Bretaña, hijo segundo del duque de Borgoña, muerto en 1712 de edad de seis años.

El de María Teresa de España, primera esposa de Luis delfín, hijo de Luis XV, que murió en 1746 de edad de veinte años.

El de Javier de Francia, duque de Aquitania, hijo se-

gundo de Luis delfín, muerto el 22 de febrero de 1754, de edad de cinco meses y medio.

El de María Zeferina de Francia, hija de Luis delfín, que murió en 27 de abril de 1745 de edad de veintinueve meses.

El de N. duque de Anjou, hijo de Luis XV, muerto el 7 de abril de 1733, de edad de dos años siete meses y tres días.

También se sacaron de la bóveda los corazones de Luis delfín, hijo de Luis XV, muerto en Fontainebleau el 20 de diciembre de 1765, y de María Josefa de Sajonia, su esposa, que murió el 13 de marzo de 1767.

Nota. Sus cuerpos fueron enterrados en la iglesia catedral de Sens, porque así lo dejaron dispuesto.

Observaciones. Se separó la caja del plomo en figura de coronas, y su contenido fué llevado al cementerio y echado en el foso común con todos los cadáveres de los Borbones. Los corazones de los Borbones estaban encerrados en otros de plata sobredorada y guardados encerrados con una corona de lo mismo. Los corazones de plata y sus coronas se depositaron en la municipalidad, y el plomo enviado á los comisarios de este ramo.

Seguidamente fueron á sacar los otros fúnebres, conforme se presentaban á derecha é izquierda.

Fué el primero el de Ana Enriqueta de Francia, hija de Luis XV, que murió el 10 de febrero de 1752, de edad de veinticuatro años cinco meses y veintiseis días.

El de Luisa María de Francia, hija de Luis XV, muerta el 27 de febrero de 1733, de edad de cuatro años y medio.

El de Luisa Isabel de Francia, hija de Luis XV, casada con el duque de Parma, muerta en Versalles el 6 de diciembre de 1749, de edad de treinta y dos años tres meses y veintidós días.

El de Luis Josef Javier de Francia, duque de Borgoña, hijo de Luis delfín, hermano primogénito de Luis XVI, muerto el 22 de marzo de 1761, de edad de nueve á diez años.

El de N. de Orleans, hijo segundo de Enrique IV, muerto en 1611, de edad de cuatro años.

El de María de Borbon de Montpensier, primera esposa de Gaston, hijo de Enrique IV, muerta en 1627, de edad de veintidós años.

El de Gaston Juan Bautista, duque de Orleans, hijo de Enrique IV, muerto en 1660, de edad de cincuenta y dos años.

El de María Luisa de Orleans, duquesa de Montpensier, hija de Gaston y de María de Borbon, muerta en 1663, de edad de sesenta y seis años.

El de Margarita de Lorena, segunda esposa de Gaston, que murió en 3 de abril de 1673, de edad de cincuenta y ocho años.

El de Juan Gaston de Orleans, hijo de Gaston Juan Bautista y de Margarita de Lorena, muerto en 10 de agosto de 1652, de dos años de edad.

El de María Ana de Orleans, hija de Gaston y de Margarita de Lorena, muerta en 17 de agosto de 1655, de cuatro años de edad.

Nota. Nada notable se halló en la extracción de los fúnebres hecha el martes 15 de octubre de 1793: la mayor parte de estos cuerpos se encontraron en estado de putrefacción; salía un vapor grueso y negro de olor infecto que

se ahuyentaba á fuerza de vinagre y de pólvora que se quemó para precaución, á pesar de lo cual los trabajadores padecieron fiebres y descomposiciones de vientre, aunque sin mayor consecuencia.

El miércoles 16 de octubre de 1793.

A eso de las siete de la mañana se continuó la extracción de los cadáveres y fúnebres de la bóveda de los Borbones, empezando por el de Enriqueta María de Francia, hija de Enrique IV y esposa del desgraciado Carlos I, rey de Inglaterra, muerto en 1669, de edad de sesenta años; continuando por el de Enriqueta Ana Stuart, hija del mismo Carlos I y primera esposa de Monsieur, hermano único de Luis XIV, muerta en 1670, de edad de veintiseis años.

El de Felipe de Orleans, llamado Monsieur, hermano único de Luis XIV, muerto en 1701, de edad de sesenta y un años.

El de Isabel Carlota de Baviera, segunda esposa de Monsieur, que murió en 1722, de edad de sesenta años.

El de Carlos, duque de Berri, nieto de Luis XIV, muerto en 1714, de edad de veintiocho años.

El de María Luisa Isabel de Orleans, hija del duque regente del reino, esposa de Carlos duque de Berri, muerta en 1719, de edad de veinticuatro años.

El de Felipe de Orleans, nieto de Francia, regente del reino bajo la menor edad de Luis XV, muerto el jueves 2 de diciembre de 1723, de edad de 49 años.

El de Ana Isabel de Francia, hija primogénita de Luis XIV, muerta en 30 de diciembre de 1662, que no vivió mas que cuarenta y dos días.

El de María Ana de Francia, hija segunda de Luis XIV, que murió el 28 de diciembre de 1664, de cuarenta y un días de edad.

El de Felipe, duque de Anjou, hijo de Luis XIV, que murió el 10 de julio de 1671, de edad de tres años.

El de Luis, duque de Anjou, hermano del anterior, que murió en 4 de noviembre de 1672, no habiendo vivido mas que cuatro meses y diez y siete días.

El de María Teresa de Francia, hija tercera de Luis XIV, muerta en 1.º de marzo de 1672, de cinco años de edad.

El de Felipe Carlos de Orleans, hijo de Monsieur, muerto en 8 de diciembre de 1666, á la edad de dos años y seis meses.

El de N.ª, hija de Monsieur, que murió al nacer, en 1665.

El de Alejandro Luis de Orleans, duque de Valois, hijo de Monsieur, muerto en 15 de marzo de 1676, de tres años de edad.

El de Carlos de Berri, duque de Alençon, hijo del duque de Berri, muerto en 16 de abril de 1718, de veintidós días de edad.

El de N. de Berri, hija del duque de Berri, muerta al nacer en 21 de julio de 1711.

El de María Luisa Isabel, hija del duque de Berri, muerta en 1714, doce horas después de haber nacido.

El de Sofía de Francia, hija sexta de Luis XV y tía de Luis XVI, que murió en 5 de marzo de 1782, de edad de cuarenta y siete años, siete meses y cuatro días.

El de N. de Francia, llamada de Angulema, hija del conde de Artois, hermano de Luis XVI, muerta en 23 de junio de 1783, de cinco meses y diez y seis días de edad.

El de Mademoiselle, hija del conde de Artois, hermano de Luis XVI, muerta el 4 de junio de 1789, de siete años, tres meses y un día de edad.

El de Sofía Elena de Francia, hija de Luis XVI, que murió el 19 de junio de 1787, de once meses y diez días de edad.

El de Luis Josef Javier, delfín, hijo de Luis XVI, muerto en Meudon el 4 de junio de 1789, de edad de siete años siete meses y trece días.

Continúa el miércoles 16 de octubre de 1793.

A las once de la mañana, en el instante en que degollaban á la reina María Antonia de Austria, esposa de Luis XVI, sacaron el fúnebre de Luis XV, que murió en 10 de mayo de 1744, á los setenta y cuatro años de edad.

Observaciones. Estaba á la entrada de la bóveda, sobre un banco ó macizo de piedra de cerca de dos pies de altura, entrando á la derecha, en una especie de nicho construido en el grueso de la pared; allí se depositaba el cuerpo del rey á tiempo, hasta que venia su sucesor á reemplazarle, y entonces se colocaba en el lugar que le correspondía en la bóveda.

El fúnebre de Luis XV no se abrió hasta que se le condujo al cementerio y á la orilla del foso. Este cuerpo, extraído de su fúnebre de plomo, estaba envuelto en lienzo y faja, y parecía bien conservado y entero; pero desmenuzándose de lo que le cubría, no presentaba la figura de un cadáver, porque todo el cuerpo cayó corrompido, saliendo un olor infecto que no dejó parar allí á nadie; se quemó pólvora y se tiraron tiros para purificar el aire. Lo echaron precipitadamente en el foso sobre una capa de cal viva, y después le cubrieron con cal y tierra.

Otra observación. Las entrañas de los príncipes y princesas estaban también en la bóveda, en unos como cubos de plomo, colocados bajo los banquillos de hierro que sostenían los fúnebres; condujéronlos al cementerio y echaron las entrañas en el foso común. Los cubos ó cántaros de plomo se guardaron para enviarlos, como los demás, á la fundición que se había establecido en el cementerio mismo, para fundir el plomo según se iba encontrando.

Hacia las tres de la tarde se abrió, en la capilla llamada de Carlos, la bóveda de Carlos V, que murió en 1380, de edad de cuarenta y dos años y el de su esposa, Juana de Borbon, muerta en 1378, de edad de cuarenta y dos años.

Carlos de Francia, que murió niño en 1380, de tres meses de edad, estaba enterrado á los pies de Carlos V, su abuelo. Sus huesos, enteramente disecados estaban en un fúnebre de plomo y su sepulcro de cobre bajo la tumba ó piana del altar.

Isabel de Francia, hija de Carlos V, que murió algunos días después que su madre, Juana de Borbon, muerta en 1378, de edad de cinco años, y Juana de Francia, su hermana, muerta en 1366, á los seis meses y catorce días de edad, estaban enterradas en la misma capilla al lado de su padre y madre. Solo se encontraron sus huesos sin fúnebres de plomo, y si algunas tablas podridas.

Observaciones. Se halló en el ataud de Cárlos V una corona de plata sobredorada bien conservada, una mano de justicia y un cetro de cinco pies de largo guarnecido con hojas de acanto tamaño de plata, bien dorado, habiendo conservado el oro todo su brillo.

En el féretro de Juana de Borbon, su esposa, se halló parte de una corona, un anillo de oro, reliquias de unos brazaletes ó candelinas, un hueso ó hueso de pelo dorado y medio podrido, zapatos de hecubura muy puntiguda, en parte consumidos, bordados de oro y plata.

Los cuerpos de Cárlos V y Juana de Borbon su esposa, de Cárlos VI y de su esposa, de Cárlos VII y de su esposa, extraídos de sus féretros, fueron llevados al foso de los Borbones; después se llenó de tierra este foso y se abrió otro á la izquierda de los Borbones en el interior del cementerio, en donde se depositaron los demás cuerpos hallados en la iglesia.

El jueves 17 de octubre de 1793, por la mañana, se abrió el sepulcro de Cárlos VI, muerto en 1429, de edad de cincuenta y cuatro años, y el de Isabel de Baviera, su esposa, que murió en 1435. No se encontró en sus féretros más que cenizas disecadas; su bóveda fué desahogada en la demolición del mes de agosto último. Rompiéronse ó hicieron pedazos sus hermosas estatuas de mármol y saquearon todo cuanto hallaron mas precioso en sus féretros.

También de trayeron y robaron el sepulcro de Cárlos VII, que murió en 1461, á la edad de cincuenta y nueve años, y el de María de Anjou, su esposa, muerta en 1463 solo se halló en sus féretros un pedazo de corona y de cetro de plata sobredorada.

Observaciones. Lo que se vio de singular en el embalsamamiento del cuerpo de Cárlos VII, fué que habiéndose esparrado en él azogue, había este conservado toda su fluidez. La misma singularidad se ha observado en algunos cuerpos embalsamados en los siglos octavo y quinto.

El mismo día 17 de octubre, después de comer, se ha hecho la extracción en la capilla de San Hipólito de dos féretros de plomo, de Blanca de Navarra, esposa esposa de Felipe de Valois, muerta en 1391, y de Juana de Francia, su hija, que murió en 1371, de veinte años de edad. No se ha encontrado la cabeza de esta; sin duda desapareció algunos años ha, cuando se abrió la bóveda para repararla.

Después se abrió la bóveda de Enrique II, que era muy pequeña. Desde luego se sacaron dos coronas, el uno grande y el otro pequeño, sin poderse saber de quines fueron por carecer de inscripciones; en seguida cuatro ataudes: el primero de Margarita de Francia, esposa de Enrique IV, que murió en 27 de mayo de 1615, de edad de sesenta y dos años; el segundo de Francisco, duque de Alençon, cuarto hijo de Enrique II, muerto en 1584, de edad de treinta años; el tercero, de Francisco II, que no reinó mas que año y medio y murió el 5 de diciembre de 1560, de edad de diez y siete años; el cuarto, de una hija de Cárlos IX, llamada Isabel de Francia, que murió en 2 de abril de 1578 de seis años de edad.

Antes de atochear se abrió la bóveda de Cárlos VIII, muerto en 1498, de edad de veintiocho años. Su ataud de plomo estaba sobre banquillos ó barras de hierro, y no se hallaron mas que huesos casi disecados.

El viernes 18 de octubre de 1793, á eso de las siete de la mañana, se continuó la extracción de los ataudes de la bóveda de Enrique II, y se sacaron cuatro grandes de estos: el de Enrique II, que murió en 10 de julio de 1569, de cuarenta años y algunos meses de edad; el de Catalina de Médicis, su esposa, muerta en 5 de enero de 1589, de setenta años de edad; el de Cárlos IX, muerto en 1574, de veinticuatro años de edad, y el de Enrique III, que murió el 2 de agosto de 1589, de edad de treinta y ocho años.

El de Luis, duque de Orleans, hijo segundo de Enrique II, que murió en la cuna.

El de Juana de Francia y Victoria de Francia, hijas ambas de Enrique II, muertas en su niñez.

Observaciones. Estos féretros estaban puestos unos sobre otros en tres líneas: en la primera fila, entrando á mano izquierda, estaban los féretros de Enrique II, de Catalina de Médicis, su esposa, y de Luis de Orleans, su hijo segundo; el de Enrique II estaba colocado sobre barras de hierro, y los otros dos sobre el de Enrique II.

En la fila segunda, en medio de la bóveda, había otros cuatro ataudes colocados unos sobre otros, y encima los dos coronas de que hemos hecho mención.

En la tercera fila, á la derecha, al lado del coro, se encontraron cuatro féretros: el de Cárlos IX, colocado sobre barras de hierro, sostenía encima uno grande que era el de Enrique III, y dos pequeños.

Debajo de los caballetes ó barras de hierro, estaban puestos los féretros de plomo: había muchos huesos que se encontrarían probablemente allí en 1719, cuando se cavó para hacer la nueva bóveda de los Valois, que antes estaba construida en el mismo paraje en que se han depositado ahora los restos de los príncipes y princesas, según se han ido encontrando.

El mismo 18 de octubre de 1793, bajaron á la bóveda de Luis XII, que murió en 1515, de cincuenta y tres años de edad. En la misma bóveda y á su lado, estaban Ana de Bretaña, su esposa, muerta en 1514, de edad de treinta y siete años; se hallaron sobre sus ataudes dos coronas de cobre doradas.

En el coro, debajo del crucero setentrional, se abrió el sepulcro de Juana de Francia, reina de Navarra, hija de Luis X, llamado el altanero, que murió en 1349, á la edad de treinta y ocho años. Estaba enterrado á los pies de su padre, sin bóveda; encerraba sus huesos una piedra hueca, forrada de plomo en lo interior, y cubierta con otra llana: solo se encontró en su féretro una corona de cobre dorada.

Luis X, el altanero, tampoco tenía féretro de plomo; ni bóveda; sus huesos disecados estaban en una piedra ónea-va á lomo de caballo, forrada de plomo interiormente, con un pedazo de corona y de cetro de cobre corroido del ornamento en 1316, de cerca de veintisiete años.

El rey Juan, niño, su hijo póstumo, que no vivió mas que cuatro días, estaba al lado de su padre, en un sepulcro de piedra á lomo de caballo, forrado en plomo.

Cerca de Luis X, en un féretro de piedra, estaba enterrado Hugo el grande, conde de Paris, que murió en 956, cuando de Hugo Capeto, tronco de la estirpe de los capetos: no se halló mas que sus huesos hechos casi polvo.

Después se pasó al medio del coro para descubrir la se-

putura de Cárlos el Calvo, que murió en 877, de edad de cincuenta y cuatro años: profundizando bien, se halló solo una piedra á lomo de caballo, en que había un cofrecito que contenía sus cenizas. Había muerto envenenado á esta lado del Mont-Cenis, en los confines de la Saboya, en una chana de la aldea de Brios, volviendo de Roma. Se depositó en cuerpo en el píloro de Mantua, de la diócesis de Dijon, desde donde fué trasladado á Saint-Denis siete años después.

El sábado 19 de octubre de 1793 nada presentó de curioso la sepultura de Felipe, conde de Bolonia, hijo de Felipe Augusto, que murió en 1233, sino el hueco que ocupaba la cabeza, que estaba esculpido en la piedra. Esto mismo observamos respecto de el de Dagoberto.

El féretro de piedra á lomo de perro, de Alfonso de Poitiers, hermano de Luis, que murió en 1271, no contenía mas que cenizas: sus cabellos estaban bien conservados, pero lo que merece atención, es que lo interior de la piedra que cubría el féretro estaba salpicada, colorida, y rayada de amarillo y blanco como mármol: quizá han producido este efecto las exhalaciones fuertes del cadáver.

El cuerpo de Felipe Augusto, que murió en 1233, estaba consumido enteramente: la piedra labrada á lomo de caballo, que cubría el ataud también de piedra, era de forma redonda al lado de la cabeza.

El cuerpo de Luis VIII, padre de san Luis, muerto en 8 de noviembre de 1226, de edad de cuarenta años, se encontró también casi consumido. Sobre la piedra que cubría su sepulcro estaba esculpida una cruz de madera relieve: únicamente se encontró un pedazo de cetro de madera podrido; sus diademas, que no era mas que una banda de tela tejida de oro con un gran cascabele ó gorro de tela de raso, bastante bien conservada. El cuerpo había estado en un paño ó mortaja tejida de oro, del que todavía se hallaron pedazos bien conservados.

Observaciones. Su cuerpo, amortajado de este modo, había sido ocoído en un cuerpo muy grueso, que igualmente estaba bien conservado.

Es el único que encontramos envuelto en un cuerpo; es verosímil que solo se hiciese con esto porque no exhalase su cadáver mal olor en la traslación que se hizo de él desde Montpensier en Alvernia, donde murió, á la vuelta de la guerra contra los Albigenses.

Se cavó un medio del coro, al pie de las gradas del santuario, para un sepulcro de cobre, para buscar el cuerpo de Margarita de Provenza, esposa de san Luis, muerta en 1295. Se profundizó bastante sin poderse hallar nada; al fin se encontró, á la izquierda del lugar que ocupaba su sepulcro, una pila de piedra llena de escorbos, en los cuales había un hueso de rodilla y otros dos huesos pequeños.

En la capilla de Nuestra Señora la Blanca se abrió la bóveda de María de Francia, hija de Cárlos IV, el heremita, que murió en 1341, y de su hermana Blanca, duquesa de Orleans, muerta en 1392. La bóveda estaba llena de escorbos, sin cuerpos ni féretros.

Continuando la excavación en el coro, al lado del sepulcro de Luis VIII, se halló el en que había sido colocado su féretro, muerto en 1270: era mas corto y estrecho que los otros: sus huesos habían sido extraídos al tiempo de su canonización en 1297.

Nota. La razon por la cual era su féretro mas corto y menos ancho que los otros, es porque, según los historiadores, se llevaron á Sicilia sus carnes: por lo mismo no fueron á Saint-Denis mas que sus huesos, y para estos bastaba un féretro menor que para todo el cuerpo.

En seguida se desmenuzó la parte superior del coro para descubrir los otros féretros enterrados. Se encontró el de Felipe el Hermoso, que murió en 1014, á la edad de cuarenta y seis años; este féretro era de piedra y cubierto con una losa ancha. No había mas féretro que la piedra labrada en forma de pila, mas ancha al lado de la cabeza que al de los pies, y cubierta por dentro de una plancha de plomo, y otra plancha tambien de plomo sellada sobre las barras de hierro que cerraban el sepulcro. El esqueleto estaba entero: se encontró un anillo de oro, un cetro de cobre dorado, de cinco pies de largo, que terminaba en un ramo de hojas, sobre el que estaba representada una ave tambien de cobre dorado.

A la noche, con luces se abrió el sepulcro de piedra del rey Dagoberto, que murió en 638: tenía de largo mas de seis pies; la piedra estaba abierta ó labrada para recibir la cabeza, que se veía separada del cuerpo. Se encontró un cetro de madera, de cerca de dos pies de largo, guarnecido de plomo por dentro, que contenía los huesos de este príncipe y los de su esposa Nantilda, muerta en 642. Los huesos estaban envueltos en un pedazo de seda, separados uno de otros con una tabla intermedia que dividía el cuerpo en dos partes, y sobre uno de sus lados había una plancha de plomo con esta inscripción:

Hic jacet corpus Dagoberti.

Al otro lado, y en otra igual plancha de plomo se leía:

Hic jacet corpus Nantildis.

No se ha encontrado la cabeza de la reina Nantilda; es probable que quedase en el sitio de su primera sepultura, cuando san Luis los mandó sacar para colocarlos en el sepulcro que les erigió en el sitio que ocupan hoy.

Domingo 20 de octubre de 1793.

Se trabajó en separar el plomo que cubría lo interior del sepulcro de piedra de Felipe el Hermoso. Se ha vuelto á registrar cerca del sepulcro de san Luis, con la esperanza de hallar el cuerpo de su esposa Margarita de Provenza; pero nada se ha encontrado mas que una pila de piedra sin cubierta, llena de tierra y escorbos.

En este sitio debía estar tambien el cuerpo de Juan Tristan, conde de Nevers, hijo de san Luis, muerto en 1270, cerca de Cartago en Africa, algunos días antes que su padre.

En la capilla de los Cárlos se sacó el féretro de plomo de Beltran Duguesclin, muerto en 1350; su esqueleto estaba entero, la cabeza bien conservada; los huesos muy blancos y enteramente disecados. Cerca de él estaba el sepulcro de Barcan de la Riviere, muerto en 1400, no tenía mas que tres pies de largo: habían sacado el ataud de plomo.

Después de mucho escudriñar, se encontró la cripta

de la bóveda de Francisco I, muerto en 1547, de edad de cincuenta y dos años.

Esta bóveda era grande y bien construida; contenía seis cuerpos cerrados en aristas de plomo, puestos sobre barras de hierro: el de Francisco I, el de su madre Luisa de Saboya, muerta en 1531; el de Claudia de Francia, su mujer, que murió en 1524, de veintidós años de edad; el de Francisco, duque, muerto en 1536, de edad de diez y nueve años; el de su hermano Carlos, duque de Orleans, muerto en 1544, de edad de veintitrés años; y el de Carlos, su hermana, que murió en 1523, de ocho años de edad.

Todos estos cuerpos estaban podridos y liquidados, y exhalaban un olor insuportable; destilaban un agua negra por entre sus fitecos de plomo cuando se los trasladaba al cementerio.

Se volvió á continuar la exhumación en el crancero meridional del coro: se halló una pila ó sepulcro de plomo, lleno de escorbates; este era el sepulcro de P-dro Beaucaire, gentilhombre de san Luis, muerto en 1720.

Por la tarde, se halló cerca de la raja del lado de Mediodía, el sepulcro de Mateo de Vendome, abad de Saint-Denis, y regalo del reino en tiempo de san Luis, y de su hijo Felipe el Atravido; no tenía atud ni de piedra ni de plomo; se le había enterrado en un atud de madera, cuyas tablas se encontraron hechas pedruzcos y podridas. El cuerpo estaba consumido enteramente; no se ha encontrado más que el extremo de su báculo de cobre dorado, y algunos pedruzcos de tela rica, lo que prueba que fué enterrado con los ornamentos abaciales más ricos. Había muerto en 1386, á 5 de setiembre, y á principio del reinado de Felipe el Hermoso.

Lunes 21 de octubre de 1793.

En medio del crancero del coro, se levantó el mármol que cubría la bovedita en que se habían depositado, el mes de agosto de 1791, los huesos y cenizas de seis príncipes y una princesa de la familia de san Luis, pasados á esta iglesia desde la abadía de Royaumont en que habitan sus huesos y cenizas, llevado al cementerio, y echado en el segundo foso común, adonde habían también conducido á Felipe Augusto, Luis VIII, Francisco I y toda la familia.

Después de mediodía, empezaron la exhumación en el santuario, al lado izquierdo del altar mayor, para buscar los fitecos de Felipe el Largo, muerto en 1322; de Carlos VI, llamado el Hermoso, que murió en 1328; de Juana de Erveux, tercera mujer de Carlos IV, muerta en 1370; de Felipe de Valois, muerto en 1350, de edad de 50 años; de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Valois, que murió en 1348; y el del rey Juan, muerto en 1364.

Martes 22 de octubre de 1793.

En la capilla de los Cárlos, á lo largo de la pared de la escalera que conduce á la testera, se hallaron dos fitecos uno sobre otro: el de encima, que era de piedra cuadrada, contenía el cuerpo de Arnaldo Guillerm de Barbazan, muerto en 1431, primer gentilhombre de Carlos VII; el de debajo, cubierto de planchas de plomo, contenía el

cuerpo de Luis de Sancerre, condestable en tiempo de Carlos VI, que murió en 1403, de edad de sesenta años; su cabeza estaba aun poblada de largos cabellos partidos en dos ramales bien trenzados.

En seguida, levantaron la piedra perpendicular que cubría los sepulcros de piedra del abad Szger y del abad Troon, muertos el primero en 1151, y el segundo en 1221; no se han hallado más que huesos bien conservados.

Se continuó la exhumación en el santuario, al lado del Evangelio, y se descubrió, muy dentro de tierra, una gran piedra lana que cubría los sepulcros de Felipe el Largo y de otros.

Cesaron allí; y para acabar el día, fueron á la capilla llamada del Leproso, á levantar el sepulcro de Sallie-Saint-Croix, muerta en 1380, mujer de Juan Paroisse, consejero del rey Carlos V: no se encontraron más que huesos consumidos.

Miércoles 23 de octubre de 1793.

Por la mañana se volvió á emprender el trabajo, abandonado el día antes, para descubrir los sepulcros del santuario.

Se encontró al instante el de Felipe de Valois, que era de piedra, forrado interiormente de plomo, cerrado con una fuerte plancha del mismo metal, sostenida sobre barras de hierro, y todo el exterior con una piedra lana, la que al principio se halló una corona y un cetro que remataban en una ara de cobre dorado.

Más cerca del altar, se halló el sepulcro de Juana de Borgoña, primera esposa de Felipe de Valois; se encontró en él su anillo de plata, un pedazo de resaca ó hueso y huesos disecados.

Jueves 24 de octubre.

A la izquierda de Felipe de Valois estaba Carlos el Hermoso. Su sepulcro era de la misma construcción que el de Felipe de Valois; se encontró en él una corona de plata sobredorada, un cetro de cobre dorado, de cerca de siete pies de alto, un anillo de plata, un pedazo de mano de justicia, un baston de ébano y una almohada de plomo para la cabeza: el cuerpo estaba disecado.

Viernes 25 de octubre.

El sepulcro de Juana de Erveux había sido removido, la losa sepulcral estaba rota en tres pedruzcos, y la plancha de plomo que cubría el fiteco estaba desmenuada; solo se hallaron huesos disecados sin la cabeza; no se tomó información, pero había indicios de que la noche anterior habían venido á despojar este sepulcro.

En el medio se encontró el sepulcro de Felipe el Largo; su sepulcro estaba bien conservado, con una corona de plata sobredorada, guarnecida de pedrería, un broche de su manto, de figura romboidal, y otro broche más chiquito, también de plata, parte de su faja de tela de raso con una hebilla de plata sobredorada, y un cetro de cobre dorado. Al pie de su atud había una bovedita en que estaba el corazón de Juana de Borgoña, esposa de Felipe de Valois, cerrado en una cajita de madera casi podrida; la inscripción estaba en una plancha de cobre.

También se descubrió el sepulcro del rey Juan, muerto en 1364 en Inglaterra, de edad de cincuenta y seis años; se encontró una corona, un cetro muy alto, pero roto, y una mano de justicia, todo de plata sobredorada; su sepulcro estaba entero. Algunos días después, fué el caso de sacar el plomo con los trabajadores al convento de Cousselles, para extraer el fiteco de méisma Luisa de Francia, hija de Luis XV, muerta en 23 de diciembre de 1757, de edad de cincuenta años y cerca de seis meses. Lo llevaron al cementerio y el cuerpo fué depositado en el foso común; estaba entero, pero en completa corrupción: el librito de carmelita se conservaba bien.

En la noche del 11 al 12 de setiembre de 1793, por órden del departamento y á presencia del comisario del distrito y de la municipalidad de Saint-Denis, se ha llevado todo lo que había en el tesoro, como urnas, reliquias, etc. Todo se puso en grandes cajas de madera, y así mismo los ricos ornamentos de la iglesia; y todo partió el 19, como á las diez de la mañana, en carros á la convención, con grande acompañamiento y aparato de la guardia de los habitantes de la ciudad.

Suplemento.

El 15 de enero de 1794, estando demolido el sepulcro de Francisco I, fué fácil abrir el de Margarita, condesa de Flandes, hija de Felipe el Largo, y esposa de Luis, conde de Flandes, muerta en 1382, de edad de sesenta y seis años; estaba en una bóveda muy bien construida; su fiteco de plomo estaba colocado sobre barras de hierro. No se halló más que huesos bien conservados, y algunos restos de tablas de madera de castaño; pero no se encontró la sepultura del cardenal de Retz, llamado el Coadjutor, que murió en 1679, de edad de sesenta y seis años, ni las de otros grandes personajes.

NOTA 42.

Capítulo De Jesucristo y de su vida.

"Mientras que Dios no quiera enviar á alguno de su parte para que os instruya, no esperéis conseguir nunca el designio de reformar las costumbres de los hombres." (Platon, *Apología de Sócrates*.)

El mismo filósofo, después de probar que la piedad es la cosa que más debe desearse en el mundo, añade: *¿Pero quién se hallará en estado de enseñarla si Dios no la dá de conductor?* (Diálogo intitulado *Epinomis*.) (Nota del editor.)

NOTA 43.

Leed en la segunda parte del *Discurso sobre la Historia universal*, el admirable trozo sobre *Jesucristo y su doctrina*. (Nota del edit.)

NOTA 44.

El doctor Robertson ha hecho justicia á Voltaire, diciendo que este hombre universal no ha sido historiador tan hábil como generalmente se le supone. Creemos también

con él que Voltaire no siempre hizo citas falsas; pero que es cierto omitió mucho, porque no nos atrevemos á decir que lo ignoraba. Además él ha pintado los pasajes originales con un estilo y coloridos particulares para hacerlos significar otra cosa de lo que expresan, por cuya razón es por este medio exacto y maravillosamente hábil á un mismo tiempo. En sus dos admirables historias de Luis XIV y Carlos XII, no tuvo necesidad Voltaire de recurrir á aquel medio, pero en su historia general, que no es otra cosa que una prolongada injuria al cristianismo, se creyó con licencia de emplear todo género de armas contra el enemigo. Unas veces niega formalmente, otras afirma con todo positivo, y en no pocas ocasiones cerceña á 1 asegura los hechos. Asegura sin vacilar que no hubo jerarquía alguna entre los cristianos en cerca de cien años. Ninguna prueba da de esta extraña proposición, contentándose con decir: *Es cosa reconocida en el día, todos se ríen*. El autor del *Ensayo* podía ríer, pero era su costumbre; pero cuando se escribó con el designio formal de derribar la religión de su país por sus fundamentos históricos, sería tan necesario manifestar documentos, como ájar de dar el nombre de *idiotas, esclavos, ignorantes y fanáticos*, á aquellos que se contentan con recibir exactamente los hechos conforme á la misma página en que los leyeron.

Segun este autor, no se tiene más documentos sobre la sucesion de san Pedro, que la lista fraudulenta de un libro apócrifo, intitulado el *Pontificado de Damasc*. Pero tenemos un tratado de san Ireneo sobre las heresías, en que el padre de la Iglesia galicana pone completamente la sucesion de los papas desde los apóstoles, contando doce hasta su tiempo. El nacimiento de san Ireneo se señala cerca de 120 años después de Jesucristo. Fué discípulo de Papias y de san Policarpo, y estos de san Juan Evangelista; por consiguiente era testigo ocular de los primeros papas. Menciona á san Lino después de san Pedro y nos hace ver que este mismo Lino es á quien habla san Pablo en su epístola á Timoteo. "Cómo, pues, Voltaire y los demás partidarios suyos no han tenido (si es que no la han ignorado) esta consecuencia á tres-cientos años de autoridad! Si se oree á su obra *Ensayo sobre las costumbres*, nunca se habrá sido hablado de Lino, siendosí que este primer sucesor del papa de la Iglesia fué citado por los mismos apóstoles.

Además, que la primacía de este primer obispo de la cristianidad ha sido reconocida siempre, aunque no pronunciada por los concilios, como es fácil probar. En tiempo del papa Clemente III, sucesor de los apóstoles, hubo una grande division en la iglesia de Corinto, y la santa sede escribió una *carta vigorosa*, como dice san Ireneo, para restablecer la paz, y su autoridad fué reconocida. "San Cipriano declara la unidad de la Iglesia y la primacía de san Pedro con palabras nada equívocas: *Super unum Petrum edificat Ecclesiam suam una cathedra constituit, et unitatis ejusdem originem ab uno incipientem, sua auctoritate disposuit*." Desde el siglo quinto, es de

- 1 Ensayo sobre las costumbres, cap. 8.
- 2 Lib. III, cap. 3.
- 3 Lib. III, cap. 4, v. 21.
- 4 Iren. de Haeres. lib. III, cap. 3.
- 5 De unitate Eccles. cathol.

dir, 400 años antes que se atribuyese exclusivamente el título de papa al soberano pontífice, se opinaba que los concilios generales mismos debían ser confirmados por el obispo de Roma. Todos los obispos de las Galias reconocían esta premisa, alegando la razón de que el espíritu apostólico continuaba emanando de la santa sede.¹

La sentencia del papa sobre Teodoro, hacía el mismo tiempo, fué admitida por todos los felices y se apelaba del juicio de los concilios provinciales á la corte romana.²

La disputa, pues, de todo lo concerniente á la autoridad de la catedral de san Pedro, mas bien es de cosas que de hechos. Se sabe muy bien que los obispos primitivos se llamaron *papas*, como también *patriarcas*; *Pater Patrum*, *Episcopus Episcoporum*, *Angelus Episcoporum*. ¿Qué nos importa el nombre si la primacía existía? Puede hacerse algún fraude por el remoto del tiempo; pero las numerosas autoridades que hemos citado, sin contar las que aun nos sería fácil añadir, satisfarán á cualquiera que no haya tomado partido contra las verdades históricas de la Iglesia.

NOTA 45.

Fragmento del sermón de Bossuet sobre la unidad de la Iglesia, pronunciado en la apertura de la asamblea del clero de 1683.

En el Evangelio encontramos que Jesucristo, queriendo empezar el misterio de la unidad de su Iglesia, eligió entre todos sus discípulos doce, y que queriendo consumar el misterio de la unidad de la misma Iglesia, escogió entre los doce uno . . . Y no se dignó ni se piense que esto ministerio de san Pedro acaba con él; lo que ha de servir de apoyo á una Iglesia eterna, nunca puede tener fin. Pedro vivirá en sus sucesores; Pedro hablará siempre desde su silla: esto es lo que dicen los santos padres, y esto lo confirman sesenta y treinta obispos en el concilio de Calcedonia.

. . . ¿Y quién ignora lo que cantó el gran san Próspero más de mil y doscientos años hace! *Roma, silla de Pedro, hecha por esta razón el jefe del orden pastoral en todo el universo, ha sido con la religión lo que no pudo existir con las otras.* Repitámos gustoso este cántico sagrado de un padre de la Iglesia galicana. Es el cántico de paz, en que se celebra con la grandeza de Roma la unidad de toda la Iglesia.

. . . Prosigue Jesucristo su designio, y después de haber dicho á Pedro, orden predicador de la fe: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, continuaré y te daré las llaves del reino de los cielos.* Tú que tienes la prerogativa de predicar la fe, también tendrás las llaves que denotan la autoridad del gobierno. *Lo que atarés en la tierra será atado en el cielo, y lo que desatarés en la tierra será desatado en el cielo.* Todo está sujeto á estas llaves; todo, hermanos míos; reyes y pueblos, pastores y rebaño. Lo publicamos con alegría, porque queremos la unidad y nos gloriamos de nuestra obediencia. *Á Pedro se le mandó primero que amase mas que los demás apóstoles, y después que apacentase y lo gobernase todo, ovejas y corderos, madres é hijos, y hasta los*

pastores: pastores para los pueblos, y ovejas respecto de Pedro, honrando en él á Jesucristo. (Nota del edit.)

NOTA 46.

llega casi á negar las persecuciones de Nerón. Afirma que ninguno de los Césares inquirió á los cristianos hasta Domiciano. "Era muy injusto, dice, imputar es acausado (el incendio de Roma) tanto al cristianismo como al emperador (Nerón): ni él, ni los cristianos, ni los judíos, tenían interés alguno en quemar á Roma; pero era preciso apagar al pueblo que se sublevaba contra una extranjera aborrecidos de los romanos igualmente que de los judíos. Algunos desgraciados fueron abandonados á los ángeles de la venganza pública. (¿Qué venganza, si no otra delinquentes!) Parece que no se debería haber contentado entre las persecuciones hechas á su fe esta violencia pasajera. Nada tenía de común con su religión que no conocía (ahora vamos á decir á Tácito), y la cual edificaban los romanos con el judaísmo, tan protegido por las leyes como menospreciado."¹ He aquí uno de los pasajes mas extraños que jamás se han escrito por pluma de autor.

¿Acaso Voltaire no había leído nunca á Suetonio ni á Tácito! Niega la existencia ó autenticidad de las inscripciones halladas en España, en las cuales se da gracia á Nerón por haber abolido en la provincia una superstición nueva. En cuanto á la existencia de estas inscripciones, se ve una en Oxford: *Neroni Claud. Cais. Aug. Max. si Provinc. latronib. et His qui novam generi hun. superstition. inculcab. purgat.* Y por lo que respecta á la inscripción misma, no entendimos por qué Voltaire duda que aquella nueva superstición de que habla sea la religión cristiana. Ved aquí las mismas palabras de Suetonio: *Affixæ supplicite christiana; genus hominum superstitionis infæcæ maleficæ?*

El pasaje de Tácito va á declararnos ahora cuál fué aquella violencia pasajera, hecha muy á sabiendas, no á los dios, sino á los cristianos.

"Para aplacar los alborotos, buscó Nerón delincuentes, é hizo sufrir los mas crueles tormentos á unos é á otros, llamados communemente cristianos, y aborrecidos por sus infamias. Jesucristo, que le dió su nombre, había sido condenado al suplicio, en el tiempo de Tiberio, por el procurador Poncio Pilato, lo que por el pronto era una execrable superstición; pero á poco tiempo salió de nuevo el torrente, é inundó no solo á la Italia, donde había tenido su origen, sino aun hasta Roma misma, donde al fin viene á parar y crecer todos los desagüeros del universo. Se empezó por decentado á predicar á algunos de aquellos que se profesaban cristianos; y después, por sus mismas declaraciones, á una multitud inmensa, que fué convencida no tanto de haber conocido á Roma, cuanto de aborrecer al género humano á su suplicio se añadió la irrisión: se los envolvía en estibas de bestias para que los devoraran los perros; se les ataba en cruz, y se les bataba el cuerpo de noche, é viéndose así de ellos para alumbrares de noche. Nerón

1 Ensayo sobre las costumbres, cap. VIII. tom. II. p. 289.

había oído sus propios jartines para este espectáculo, y al mismo tiempo daba juegos en el circo, mezclándose entre el pueblo en traje de cochero, ó rigiendo los carros. De manera, que aunque culpados y dignos de los últimos suplicios, movían á compasión estas víctimas sacrificadas al parecer no tanto al público, cuanto al pasajero tiempo de un bárbaro."²

Los movimientos de compasión de que Tácito se manifiesta poseído al fin de esta pintura, se oponen muy lastimosamente á un autor cristiano que procura debilitar la piedad hacia las víctimas. Aquí se ve cómo Tácito desdén, sin enlentimiento á los cristianos, no los confunde con los judíos, puesto que refiere su origen; y además, hablando en otro lugar del medio de Jerusalem, cuenta la historia de los hebreos y de la religión de Moisés. Sin embargo, no deja de descubrir lo que hizo afirmar á Voltaire que los romanos creían perseguir á los judíos persiguiendo á los fieles. Sin duda es esta expresión: *convencidos no tanto de haber incendiado á Roma cuanto de aborrecer al género humano*, la que el autor del Ensayo ha interpretado de los judíos y no de los cristianos. Pero no echó de ver que hacía el elogio á los segundos al paso mismo que quería privarles de la piedad del lector. Además, aunque no pudiese aplicar realmente las palabras de Tácito á los fieles, cuya religión es, al contrario de lo que dice, una especie de filantropía, debiera notar que la resistencia de los cristianos á sacrificarse á los ídolos y á asistir á los abominables juegos del circo, para ver á los hombres degollarse ó ser despedazados por las bestias, les hacía ser tenidos por enemigos de los dioses y de los hombres. Y en cuanto á los delixos odiosos que se imputaban á los primeros fieles, como el comer carne y beber su sangre, se conoce fácilmente que no pudo dar ocasión á estos rumores. La sangre mística del Hijo del hombre, que se bebía bajo las especies del vino eucarístico; el niño que se sacrificaba; la carne del cordero; todos estos misterios de que habían oído hablar los paganos confusamente, juntos á las asambleas secretas que tenían los fieles, hicieron suponer fácilmente unos ritos abominables. Plinio, Marco Aurelio, Severo y otros muchos ilustres paganos, han hecho tanta justicia á las costumbres de los cristianos primitivos, que las palabras de Tácito no son aquí de peso alguno. Grande gloria es para los cristianos, dice Bossuet, haber tenido por primer perseguidor al perseguidor del género humano. El artículo de Voltaire no hace que voltramos otra vez á hacer dolores, mortificación de aquel espíritu de partido que divide á los hombres, sofocando en ellos los sentimientos naturales. ¡Librenos el cielo de estos horribles odios de opinión, que hacen al hombre tan injusto!

NOTA 47.

Mr. de C. precisado á huir con uno de sus hermanos en tiempo del Terror, entró en el ejército de Condé y después de haber servido con honor hasta que se hizo la paz, se resolvió á dejar el siglo. Fugó á España, se retiró á un convento de la Trapa, tomó el hábito de este orden, y murió á poco de haber profesado. Había escrito muchas cartas á su familia y amigos durante su viaje á España.

1 Tácito. Anales lib. XV, 44, traducción de Mr. Dureau-Delamalle, 2.ª edic. tom. III, p. 291.

fué y su noviciado en la Trapa. Sus cartas nos las que se citan aquí, sin que hayamos querido mudar nada en ellas se verá una pintura fiel de la vida de estos religiosos, cuyas costumbres son ya para nosotros las mismas tradiciones históricas. En estos platos escritos sin arte reina con frecuencia una elevación grande de sentimientos, y una ingenuidad siempre tanto mas preciosa, cuanto es propia del genio francés, y que cada día vamos perdiendo mas. El asunto de estas cartas tiene tanta referentia al recuerdo de todas nuestras desgracias, pintan un francés joven y bueno, arrojado de su familia por la revolución, sacrificándose al Terror, en la soledad, como víctima voluntaria, para rescatar los males é impiedades de la patria; del mismo modo que san Gerónimo, en el profundo de su gruta vertiendo torrentes de lágrimas y alzando sus manos al cielo, procuraba dilatar la caída del imperio romano. Esta correspondencia ofrece, pues, una histórica completa que tiene su principio, medio y fin. No nos queda duda de que si se publicase como mera novela, tendría mucha aceptación. No obstante, ninguna aventura contiene: es un hombre que habla con sus amigos y le da parte de sus pensamientos. ¿Pueden en dónde está el embleso de estas cartas? En la religión. Nueva prueba que apoya los principios que hemos intentado establecer en nuestra obra.

Á MM. de B. sus compañeros de emigración, en Barcelona.

15 de marzo de 1799.

Mi último viaje, queridos amigos (el de Madrid), ha sido muy agradable; quedo á Aranjuez, donde estaba la familia real. Estare en Madrid cinco dias, y otros tantos en Zaragoza, donde tuve el gusto de visitar á Nuestra Señora del Pilar. Tuve mucha satisfacción en recorrer la España, que la que experimenté en los demás países; se tiene la ventaja de viajar á menos costa que en ninguna otra parte conocida. No he perdido nada de mi equipaje, aunque soy poco cuidadoso; pero se encuentran muchas gentes honradas que saben ejercitar la caridad. Se ahorra mucho llevando consigo un saco, que se llena por la noche de veje para acostarse en él; pero no encuentro gusto en hablar de esto. Me ha despedido de las montañas y de los sitios campestres; he renunciado á todos mis planes de viajar en la tierra, para empezar el de la eternidad. Aquí me tenéis nueve días hace en la Trapa de Santa Susana, en donde, con la gracia de Dios, he resultado acabar mis días; yo tengo menos mérito que cualquiera otro en sufrir los trabajos corporales, por la costumbre que he adquirido por epicurismo.

Esta vida no es de ocioso: se levanta á la una y media de la mañana; se ora, se las cosas piadosas hasta las cinco. Empieza después el trabajo, que no cesa hasta las cuatro y media de la tarde, hora en que se rompe el ayuno; hablo de los hermanos legos, en cuyo número me cuento. Los padres, que también trabajan mucho, dejan el campo á otros muchos para ir al coro, donde cantan el oficio de nuestra Señora, el ordinario, el de difuntos. Los legos intermitten también nuestro trabajo para decir también nuestras oraciones por intervalos, y esto lo ejecutamos en el mismo sitio donde trabajamos. Apenas pasaba